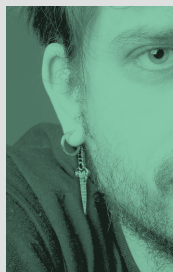




COLECCIÓN
ALMANAQUE

CONTRA EL ESTADO DEL MUNDO, EL AMOR GENUINO



ROBERTO CHUIT ROGANOVICH

EPÍLOGOS

ADRIANA BORJA y SILVIA BAREI

EDICIÓN AL CUIDADO DE

ANALÍA GERBAUDO y SILVIO MATTONI



VERA editorial cartonera

**CONTRA EL ESTADO
DEL MUNDO,
EL AMOR GENUINO**



COLECCIÓN
ALMANAQUE

CONTRA EL ESTADO DEL MUNDO, EL AMOR GENUINO

ROBERTO CHUIT ROGANOVICH

EPÍLOGOS

ADRIANA BORJA y SILVIA BAREI

EDICIÓN AL CUIDADO DE
ANALÍA GERBAUDO y SILVIO MATTONI



VERA editorial cartonera

Y TAMBIÉN AHÍ, LA POLÍTICA...

ANALÍA GERBAUDO

La decisión de diseminar el discurso de «defensa» que Roberto Chuit Roganovich compuso para completar el proceso que lo llevaría a obtener el título de Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba busca contribuir a desmontar cierta asociación expandida entre instituciones, protocolos, monotonía y cristalización del pensamiento. Lo que Roby mostró en aquella mañana feliz es que también ahí hay lugar para la imaginación, la declaración de principios, la conversación que promueve el diálogo crítico y la política (esa que piensa desde un lugar radical y militante animado por convicciones que envidia; es a partir de esa diferencia —y no «a pesar» de ella— como trabajamos durante todos estos años).

En aquel acto de «defensa» Roby habilitó un diálogo, en primer lugar, con el tribunal examinador (integrado por Silvia Barei, Adriana Boria y Miguel Dalmaroni); luego, con quienes orientamos el trabajo (Silvio Mattoni y yo) y, finalmente, con lxs amiguxs y familiarxs que habían asistido a la fiesta (para nuestra felicidad —hablo del «entre-nos» configurado por quienes habitamos la «chacrita» de los estudios literarios—, estos mismos gestos se encontraron en dos «defensas» recientes: la de Laura Soledad Romero y la de Juan Pablo Canala cuyas performances reinscribieron una pregunta que Javier Gasparri había deslizado a propósito de las clases de María Teresa Gramuglio: «¿qué pasa? ¿ya terminó?»). Fiesta a lo grande

en el sentido Alan Pauls de la palabrita. Cito el texto—homenaje que escribió para celebrar que hayan existido, en nuestro país y en nuestra universidad pública, los seminarios Ludmer. Treinta años después, Pauls decía:

Puesto a pensar —buen remedio, si no el único, para la memoria remisa—, lo que me viene a la cabeza son preguntas, preguntas muy parecidas a las que uno se hace al día siguiente de una fiesta especialmente lograda: ¿Cuánto duró? ¿Quiénes estaban? ¿Qué tomamos? ¿De quién son estos zapatos? Es así, lo siento: veo los «Seminarios Ludmer» como una fiesta. Si hasta veo el cartel, el pasacalle cruzando Marcelo T. de Alvear: ¡Fiesta en la Maternidad Pardo! Porque lo que veo flotando en una nube de otro es la mezcla rara, rarísima, de euforia, determinación, ansiedad, avidez, desconcierto y placer que solo ofrece una verdadera fiesta. Iba a decir: «una fiesta excepcional», pero ¿habrá algo más redundante? Una fiesta es eso: una excepción. Todo lo que Agamben describe del atroz «estado de excepción», solo que... pervertido y redimido por un deseo loco: un estado de excepción bueno, entusiasta, jugoso, magnético, inesperado...

La «defensa» de Roby hizo lugar a un momento «entusiasta, jugoso, magnético, inesperado» revivido, en parte, a través de restos: la elaboración corajuda que escribió para fundamentar sus razonadas decisiones teóricas, epistemológicas, estéticas, éticas y, por si algo le faltara, políticas. Decisiones atravesadas por un credo que traigo desde ese Jacques Derrida que, inspirado en San Agustín, impulsó que Mónica Cragolini escribiera un ensayo inmenso: «Confesión y circuncisión: San Agustín en Derrida o ¿de qué sirve el amor que no se confiesa?». La combinación prometedora de inteligencia, política, ética y afectos (pensados, como se verá, desde un lugar mucho menos moderado que el de Derrida y de quienes lo seguimos —más allá de su recuperación del concepto de «por-venir»—) suscitó el texto «genuino» (esa es la palabra que Roby usó cuando me lo envió por WhatsApp el día previo al acontecimiento; misma palabra que

incluyó en el título de este libro) que exhumamos. Rescatar estos restos de aquel momento tan feliz como poderoso en términos intelectuales, éticos, afectivos y políticos (textos inútiles desde la lógica miope del poroteo académico vigente en nuestros días), ayuda a batallar contra la resignación a aceptar, sin más, este peliagudo estado de las cosas que transitamos porque, mientras escribe sobre los estructuralismos, Roby también escribe sobre otras cosas. Esas que desarrolla en un gran libro chiquito (sigo la enorme definición de Tamara Kamenszain), *El archipiélago*: una lúcida y aguda teoría política sobre el presente y sobre cómo y por qué llegamos a este descalabro *out of joint*. Deseo que todxs quienes en este país y bajo estas circunstancias bravas estén apostando a sostener, contra viento y marea y como se pueda, sus carreras de investigación, lean estos libros. ¿La razón? Básica: animan a seguir y no lo hacen desde cualquier lugar.

Argumento la aserción anterior haciendo foco en el discurso de «defensa» con el que se van a topar, escrito con el coraje que confiere tanto el conocimiento sólido del asunto sobre el que versa como el profundo compromiso con las instituciones que posibilitaron llegar hasta ahí contribuyendo a destartalar la ignorante y narcisista posición de lxs «creadorxs increadorxs» (potente concepto de Pierre Bourdieu reversionado aquí desde el lenguaje desalabrado). Ese discurso también desliza algunas propuestas sobre cómo intervenir desde esas mismas instituciones (aunque no solamente) sin idealizar el margen de maniobra. Y como regalo, la potencia de la dicción del enorme escritor que Roby es.

Su tesis tanto como su «defensa» contribuyen a desconstruir (sí, acá sí vale la palabrita) los prejuicios sobre el género. Textos–bibliografía en los programas que firmo e incluyen protocolos de investigación entre sus contenidos (lo mismo aplica a las tesis y «defensas» de Laura Soledad Romero y de Juan Pablo Canala).

Para concluir, un cuento. ¿Sonará a disco rayado que vuelva sobre este episodio? ¿Por qué mencionar el cuento que Beatriz Sarlo cuenta a propósito de su «último» tesista (envío a la entrevista

recogida en el Anexo 3 de Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina, 1958–2015)? Oso una analogía: David fue para Beatriz lo que Roby es para mí. Enorme alegría cerrar esa parte de mi vida profesional junto a alguien que me devolvió la confianza en el valor de las apuestas pasadas y presentes y, sobre todo, en las generaciones por-venir. Mi renovada relación con la enseñanza le debe mucho... pero eso es otro asunto. Y, por ahora, aquí me detengo.

LA PASIÓN DEL ESTUDIO

SILVIO MATTONI

Tuve la fortuna de ser uno de los primeros lectores de la tesis de Roberto, casi sin vernos, como suele pasar en esta época, y me sorprendía la audacia de su apuesta: una historia reflexiva de las condiciones de posibilidad de una crítica literaria razonada, explicable, no sujeta a la simple lucha de estilos individuales, tal como había sido el sueño de cierta objetividad de la lectura que se llamó, muy globalmente, estructuralismo. Pero no sumé más que alguna indicación formal, el aparato y las argumentaciones ya funcionaban, y además Ana podía revisar con profundo conocimiento de causa esa fundamentación sólida de una suerte de historia o mirada retrospectiva de las carreras de Letras en nuestras universidades, además de aportarle su método y su atención al modo de exposición, donde a veces se juega el pensamiento.

Sin embargo, en el momento de la defensa, cuando Roberto escribió esta prolongación de aquella apuesta, que iba a sus cimientos pero también a sus posibles alcances, se trató más bien sobre la epistemología política, como si respondiera, situándose aquí y ahora, a la pregunta: ¿acaso vamos a permitir que nos tilden de meros individuos? Y entonces lo que haría falta sería poder demostrar que el rigor, el estudio, la teoría siguen en nuestro horizonte. Y más que en nuevos conceptos o categorías por venir, se avizore tal vez en un

retorno de la lectura lenta, minuciosa, razonada, que busque antes la conversación que el dominio.

Su defensa de una búsqueda de condiciones de posibilidad, económicas y filosóficas, de la lectura, del estudio en general, me recordó una frase del joven Pasolini, en su libro *Pasión e ideología*, que decía: «Nos defendemos de todo misticismo, pero sabemos que al final la serie de experimentaciones resultará un camino de amor —amor físico y sentimental por los fenómenos del mundo y amor intelectual por su espíritu, la historia, que nos hará estar siempre con el sentimiento en el punto en que el mundo se renueva».

HACIA UNA CRÍTICA EPISTEMOLÓGICA DE LA TEORÍA LITERARIA

OBJETO Y MÉTODO EN EL
ESTRUCTURALISMO FRANCÉS
(1963–1969)

ROBERTO CHUIT ROGANOVICH

Escribí una tesis, lisa y llanamente, aburrida. Aburrida para quien no le interesa la epistemología. Para mí, por el contrario, se trató de un caso policial. No dejé por un momento de sentirme un detective buscando la pista de un asesinato en textos escritos por gente que, en el mejor de los casos, ya llevaba veinte, veinticinco, cuarenta años muerta. Pero para el público general no hay dudas: es una tesis aburrida.

Si cabe alguna posibilidad, mi interés hoy es compartirles, convencerlos a todos los presentes, acerca de por qué la corteza aburrida que recubre mi tesis esconde en verdad una preocupación política muy genuina y más viva que nunca, dados los tiempos que corren. Mostrarles que la filosofía es siempre y cada vez una práctica, un gesto y una operación viva; es siempre, y cada vez, pero siempre que sea potente, consciente de la posición que ocupa, siempre que pueda vislumbrar, en una forma de «hiperstición», el lugar donde desea llegar, una de las armas de combate más sofisticadas que hemos fabricado.

A lo largo de toda la tesis utilicé la primera persona del plural. Me pareció más cómoda, más respetuosa, más humilde. Hoy voy a cambiar ese gesto y voy a hablar en primera persona del singular. Tal vez esta mera mutación en el registro del habla me acerque a quienes hoy, casualmente, se acercaron a escucharme: personas que

no tienen ningún tipo de interés por lo que estudio y lo que pienso y que solamente se encuentran acá por ser yo, mi persona, quien escribió esas más de 300 páginas; yo, así como soy, mis chistes, mis ocurrencias, mis miserias.

A todos ellos, mis amigos, les voy a pedir perdón. Esta exposición no está pensada para ustedes. No les va a interesar no entender del todo bien qué estoy queriendo decir. Pero no importa, porque no están acá por lo que tengo para decir sino que están acá simplemente porque mi cuerpo está acá y ustedes quieren estar cerca de mi cuerpo. Esta exposición, por el contrario, está pensada únicamente para quienes deben ser mis interlocutores: Adriana Boria, Miguel Dalmaroni, Silvia Barei, y mis directores, Analía Gerbaudo y Silvio Mattoni. Está pensada, para ir un poco más allá, por, desde y hacia el dictamen que escribieron Adriana Boria y Miguel Dalmaroni, que espero poder incorporar minuciosamente para dar las respuestas que se me requieren que dé y que no van a redundar sino positivamente en la forma final del trabajo que, espero, algún día logre editarse y publicarse.

LA TOMA DE POSICIÓN: SER MARXISTA EN FILOSOFÍA

Nunca la filosofía es aburrida. Ni en su forma ni en su contenido. Quienes participamos de la práctica y el ejercicio de la filosofía sabemos que ahí, acá, hay algo crucial que se juega: la «ampliación del campo de batalla», como diría Houllebecq, el *Kampfpplatz*, en el caso de Kant; la reproducción de las relaciones de producción o, en definitiva, la lucha de clases, como pretendía Marx. Para Lenin la filosofía es, antes que cualquier otra cosa, una toma de posición. Esta tesis, por tanto, es la formulación práctica de mi posición en la filosofía, al menos en lo que refiere a la teoría literaria, que es una posición spinozista, marxista y althusseriana.

¿Qué significa tomar una posición en la filosofía?

Según Althusser, en *Iniciación a la filosofía para los no filósofos* (2015), pero según también Etienne Balibar en *Spinoza Político* (2021), ocupar

una posición es operar bajo y desde la sospecha de un vacío; más bien, desde la constatación de un vacío para, a partir de allí, trabajar sobre él. Este vacío bien parece ser, claro, el de la estancia deshabitada de la filosofía; es decir, no el de un espacio que contiene nada sino más bien el de un espacio repleto, colmado, que parece ya no estar *ocupado-preocupado*, pero tampoco «trabajado» por nadie.

Digo «ocupada», palabra cara al vocabulario althusseriano, pero más cara aun a la historia política de Francia; y si la usamos es porque representa de manera fina el carácter bélico de las relaciones que signan la filosofía. Digo «ocupar», en primera instancia, porque en *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, Althusser no se cansa de establecer diferencias concretas y determinantes entre dos ideas dadas, espontáneas de la filosofía que no tienen el mismo contenido (no se ocupan de lo mismo) ni las mismas funciones y que no trabajan a partir de las mismas operaciones: la primera, como anunciamos más de una vez aunque de forma solapada en la tesis, se trata de una «filosofía de los filósofos» (la filosofía, sin más, institucionalizada, académica, de marcada tendencia idealista, al menos para el Althusser de los 60, anticipando la lectura que Perry Anderson va a hacer sobre el marxismo occidental casi veinte años después) que no comprende en sentido estricto un polo práctico en sus operaciones y que, por tanto, en clave entrópica, penetra cada vez más en la profundidad de los textos, de las obras, socavando la posibilidad de diálogo entre la teoría y las prácticas concretas del mundo concreto; la segunda, sobre la cual hará foco *Iniciación*, se trata de una «filosofía de los no-filósofos», una «unificación de una actitud práctica e intelectual ante el mundo en la que se combinan, en modos más o menos contradictorios de actividad pasiva, la aceptación prudente o resignada del mundo como va y la aprehensión racionalista de un mundo que siempre da algún asidero a su transformación» (12). Pero digo también «ocupación» en otro sentido que ya no refiere a aquello de lo que se ocupan las tradiciones agonistas de la filosofía puesto que sucede a partir de una entropía hermenéutica que no precisa para poner en marcha todo

su pensamiento obrante ningún elemento que no se encuentre de forma estricta ya en su interior. La filosofía —la filosofía dominante, la tendencia idealista en la filosofía, la «filosofía de los filósofos»— abandona el análisis de todo problema signado por cualquier práctica social concreta, y así, la reflexión sobre todo fenómeno exterior (es decir, no teórico) que pretenda darle regla y condición.

Qué, pues, con todo esto.

LA VERDAD, LAS VERDADES

Adriana Boria, en su dictamen, se pregunta, con estas palabras, por mi «posición». Sugirió que indagase en mi defensa en la relación entre la política y las teorías del conocimiento. Se pregunta por cómo concibo la teoría, su práctica, su hacer. Cito las palabras de Adriana:

Me refiero a los debates actuales (en algunos casos debo reconocer que tiene que ver con las teorías feministas) en donde lo político se hace muy ostensible y aparece entonces esto que se denominó, desde el norte, la resistencia a la teoría. En suma, los problemas de las teorías del conocimiento que el estructuralismo «evita» pero que hoy están muy patentes. Por ejemplo, con el neomaterialismo.

Adriana Boria cita un pasaje de mi tesis que me parece ilustrativo de este conflicto teórico:

El modo de producción de saberes del estructuralismo se articula, desde el principio, en la afirmación implícita (es decir, inconsciente, no lexicalizada en los textos de teoría literaria) de la existencia del mundo real y en la negación —también implícita— del «problema del mundo externo». Según el estructuralismo vivimos, sin más, en lo concreto. Al tomar lo real—histórico como concreto existente, el estructuralismo logra evadir preguntas recurrentes de la teoría del conocimiento de la modernidad (con sus correlativas preguntas renacentistas y medievales): por un lado, la pregunta acerca de la posibilidad del

conocimiento (dada la conciencia humana limitada, o dado lo real como incógnita inaprensible, bien a la forma de la *qualitas occulta* de herencia escolástica, bien a la forma del empirismo inglés, bien a la forma del nóumeno kantiano); por otro, la pregunta acerca de la «garantía del conocimiento» (la pregunta que hace del conocimiento un procedimiento que avanza de forma acumulativa sólo a partir de las «ideas claras» cartesianas y que enlaza toda capacidad perceptiva y toda justeza o adecuación del pensamiento a una garantía metafísica, sea el Primer Motor, el Demiurgo, el concepto de Dios, etcétera). El estructuralismo, así, no se encuentra en la necesidad de derivar la existencia de lo real a partir de una consigna teórica, a la manera del idealismo. (32)

La pregunta que Adriana Boria le hace al texto es concreta: cuál es el vínculo que existe entre la ciencia y su verdad y la política y su verdad. Voy a detenerme en esto haciendo uso de elementos que no forman parte de mi tesis pero que aparecen, en definitiva, como el sustrato oculto que la moviliza.

El problema filosófico de la verdad no es un problema exclusivamente científico y, mucho menos, un problema exclusivamente gnoseológico. La coyuntura política que atravesamos, pero que también atraviesa gran parte del mundo contemporáneo, hace de la pregunta por la verdad una pregunta de premura política radical. Pienso en algunos nodos de conflicto: el relativismo cultural, ciertas formas de la corrección política, las *fake-news*, los discursos que se presentan públicamente como «verdaderos» (a menudo cercanos al campo espiritual, como es el caso del pensamiento mágico, la astrología, el terraplanismo, la biodecodificación, las constelaciones, los movimientos antivacunas). En suma, el problema de la «post-verdad» se presenta hoy como uno de los tótems políticos radicales de la época. No me interesa trabajar acá el concepto de «post-verdad» que, verdaderamente y siguiendo el lenguaje althusseriano, no es todavía una «categoría» filosófica sino solo el señalamiento de un espacio de conflicto. En este campo, a pesar de todo y por mínimo que sea, la tarea de la epistemología

todavía tiene un valor político, gnoseológico e incluso espiritual de enorme valor.

Dado este contexto, ¿qué hacer con el problema filosófico de la verdad?

En mi caso particular, encontré en Badiou una forma interesante de desandar la madeja. Se trata de desarticular, desandar, deconstruir si se quiere —aunque no sería el término correcto— el concepto de verdad de la llamada «concepción heredada». ¿De qué hablamos cuando hablamos de este concepto de verdad? Hablamos de la herencia que recibió la filosofía del giro copernicano, giro que la filosofía aceptó de forma parcialmente completa, sin la re-basculización sistemática y rigurosa que esperaríamos de una máquina de producción de saber cómo es la filosofía, y que terminó por producir, como una corriente epistémica subterránea, el conjunto de saberes que determinaron el rumbo de la filosofía moderna. Esta herencia se tradujo, al menos en el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, en múltiples corrientes filosóficas: desde la sociología positivista al marxismo científico, desde la lingüística estructural a la sociología francesa. ¿Y en qué consiste? En forma muy vulgar, en modulaciones cuasi infinitas del principio del *Adaequatio intellectus et rei*, «adecuación de la cosa y el entendimiento», adecuación entre la cosa y la cosa dicha acerca la cosa. Se trata, precisamente, de la teoría de la verdad como correspondencia (es decir, continuidad) entre la mente y el objeto; idea tradicional y antiquísima en la filosofía, desde Aristóteles a Santo Tomás con las *Quaestiones disputatae De veritate* (1256–1259) hasta la lógica y los modelos del Tarski de la *Introducción a la lógica y a las ciencias deductivas* (1936).

La verdad, bajo este marco, y para ser vulgares, es un enunciado a medio camino entre el sujeto y el objeto; enunciado que existe, después de que se produce, independientemente del sujeto cognoscente y el objeto conocido y que no tiene necesariamente un régimen de re-apropiabilidad claro ni un régimen de influencia o eficacia con los otros dos elementos de la ecuación. Bajo este marco, la verdad es siempre el resultado de un conjunto de operaciones

concretas, de algún modo preestablecidas; un conjunto de disposiciones y de gestos; un conjunto de operaciones paradigmáticas en cuanto que históricas, que se utilizan puesto que ya han mostrado su valía en otros campos del saber.

No vamos a pasar revista de las intervenciones de Marx y Nietzsche respecto de este problema. Pero es indudable que en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873–1896) y en *Las tesis sobre Feuerbach* (1845) se abre un camino para desarrollar no solo nuevos sentidos respecto de la idea de verdad sino también nuevas formas posibles de epistemologías.

BADIOU: ONTOLOGÍA MATEMÁTICA

La intervención de Badiou es interesante, por esto mismo. Primero, porque le interesa menos pensar una epistemología otra cuanto redefinir la categoría misma de la verdad. En segundo lugar, porque le quita a la verdad su transliteración o traducción discursiva obli-gatoria que tuvo a lo largo de la historia de las ciencias. En Badiou empieza a aparecer, por extraño que pueda parecer, una verdad que se resiste, en términos muy vulgares y exclusivamente pedagógicos, a «ser dicha».

Para Badiou la verdad no es una mera «correspondencia con la realidad» sino un proceso que rompe con lo que él llama la «situación», es decir, que rompe el conjunto de conocimientos y reglas establecidos en un momento y lugares específicos.

Para Badiou existen cuatro procedimientos genéricos de producción de verdades: la política, cada vez que facilita la emergencia de acontecimientos que transforman prácticamente, en términos leninistas, la organización de lo colectivo (por ejemplo, la Revolución Francesa o la Comuna de París); el amor, cada vez que crea una nueva forma de experiencia basada en la diferencia radical entre dos sujetos; la ciencia, cada vez que ensaya rupturas con el saber establecido mediante un descubrimiento o teoría novedosa (como en la física cuántica o la teoría de la relatividad) y el arte,

cada vez que experimenta exitosamente sobre nuevas formas de la expresión que transforman la percepción y la sensibilidad humanas (como el cubismo en pintura o la música dodecafónica).

Respecto de estos procedimientos, Badiou trabaja con dos ideas centrales: la inmanencia y la irreductibilidad. La inmanencia indica que las verdades están radicalmente ligadas a la situación concreta del espacio concreto del que emergen. ¿Qué quiere decir esto? Que aun con capacidad transformadora radical, las verdades son relativas a un espacio concreto y determinado: el espacio o procedimiento de su emergencia. Así, en cuanto que acontecimiento, las verdades no se originan en un plano trascendente o fuera de la experiencia humana a la forma del realismo de las ideas platónico o de la moral trascendental kantiana o del idealismo alemán sino que están vinculadas a lo que Badiou llama la «situación» o «el mundo» en *El ser y el acontecimiento* (1995) o a lo que llama «lo real-histórico» en su producción posterior, como ser *Condiciones* (2002) o *Pequeño Manual de Inestética* (2009).

La irreductibilidad indica, a su vez, varias cosas. Por un lado, la incapacidad de apropiación total de las verdades producidas en clave acontecimental por las epistemes paradigmáticas en un momento histórico o época determinada. Esto es: una verdad de la política es irreductible a las verdades de la ciencia. En otros términos: relativamente intransferible, intraducible, incomunicable. No hay en esto ninguna forma de monadismo leibniziano sino, por lo contrario, una ontología matemática que trabaja en, con y desde la diferencia.

En segundo lugar, son siempre singulares y universales —en el sentido que es a través de ellas que se reconfigura o se vuelve a ejercer la relectura de la producción de verdades en su campo—, pero locales, en cuanto siempre emergen de situaciones concretas. Ahora bien, ¿por qué mi interés en este nuevo diagrama de la verdad y las verdades?

HACIA UNA TOPOLOGÍA DEL DISCURSO SOBRE LO LITERARIO

Estos procedimientos genéricos de producción de verdades son las condiciones del trabajo de la filosofía. Es decir: la filosofía no produce

verdades sino que las piensa. Como escribe Badiou en *Manifiesto por la Filosofía* (1989), las condiciones (los procedimientos) son los territorios donde la filosofía encuentra sus temas. La filosofía, así, es un «punto de sutura» que conecta las verdades heterogéneas de las condiciones. Sin ellas, la filosofía carecería de contenido y quedaría reducida a un ejercicio vacío de conceptualización.

Ahora bien, ¿cómo es posible trabajar una verdad de la literatura desde la pregunta por el discurso literario? ¿Cómo trabajar desde la filosofía una obra, específica, de rasgo acontecimental y disruptivo?

No es descabellado intentar empezar por replicar el sistema de Badiou para llegar a una topología del discurso sobre lo literario: siempre con la mediación de la filosofía, encontramos que es posible hacer un mapa de las formas estandarizadas que tenemos de referirnos al discurso literario. Por mediación de la filosofía, el discurso de la ciencia sobre el arte puede ser entendido como la teoría literaria; el discurso del amor sobre el arte puede ser entendido como el comentario o la reseña; el discurso de la política sobre el arte puede ser entendido como el ensayo; el discurso del arte sobre el arte puede ser entendido como la experiencia artística ampliada que, desde diferentes materiales y con diferentes intenciones, retoma lo literario como fundamento o inspiración de su trabajo.

Los procedimientos genéricos alternativos al arte no pueden construir verdades del arte como tampoco caracterizar o poner en tela de juicio su rasgo acontecimental. Lo que sí pueden, por el contrario, es abordarlas, indicarlas, trabajarlas política, amorosa, artística o científicamente.

Este problema es un espacio teórico de vacancia. Nos permite imprimir, y hasta ahora sin contradicciones, la división de las esferas kantianas (en suma, el estudio específico del entendimiento, la razón y la sensibilidad) en el marco de una ontología matemática no trascendental sino histórica. Esta forma de pensar los discursos sobre lo literario nos permite dibujar un nuevo mapa; un mapa que no tome los discursos solo en su especificidad o peso específico (su contenido, su forma) como una forma de inmanentismo positivista

sino a partir del principio marxista (también bachelardiano, althusseriano y, por último, badiouiano) de la supremacía de la relación por sobre los elementos.

Por ejemplo: una operación política sobre el arte será política en la medida y siempre y cuando la relación triangulada entre 1) el acontecimiento —la verdad del arte—, 2) el trabajo concreto de un «otro» procedimiento genérico y 3) el operar de la filosofía, sea considerada una relación políticamente triangulada.

Ahora bien, ¿por qué una topología? Por dos razones fundamentales. La primera. Porque no se trata de una nueva taxonomía. No se trata de un mapa muerto de lo realizado o dicho. No se trata de una historia de la teoría literaria. Se trata, por el contrario, de una topología «metodológica», una topología futura de lo decible, lo pensable y lo realizable respecto de la literatura. Se trata de dibujar un espacio en donde puedan distinguirse y calibrarse el carácter (cito) «fatalmente teórico» de ciertas investigaciones, como dijo Miguel Dalmaroni o, y agregaría, «fatalmente amoroso» o «fatalmente político», siguiendo a Badiou, en orden a encontrar espacios intermedios posibles, mixturas, canales de cruce, sin nunca dejar de reconocer los operadores centrales (los procedimientos genéricos) que le dan nacimiento. Este nuevo esquema tendrá la capacidad de funcionar como fiel dinámico, como sustrato cero de trabajos venideros: en suma, como la representación esquemática del conjunto de operaciones obligatorias que hacemos en nuestro trabajo diario cada vez que nos acercamos al discurso de lo literario (y que en mi tesis he llamado, más de una vez, supuesto invisible, fantasmal).

La segunda razón. Porque una topología de este tipo excede en mucho el problema de lo literario. Por extensión, como registro metodológico, puede funcionar como modelo de aplicación a otros regímenes discursivos: el político, el legislativo, el policial, gubernamental, amoroso, científico, etcétera.

Estas dos razones nos ponen frente a un nuevo problema, una nueva preocupación, pero sobre todo, un interés. En primer lugar, esta topología es una herramienta para los hacedores de

teoría. Entendida así, puede ser un buen punto de partida para contribuir al desarrollo de una nueva teoría del discurso. No porque sea nuestro interés desarrollar una nueva teoría del discurso sino porque nuestro interés es afinar nuestras propias herramientas de trabajo y nuestra propia «caja de herramientas». En segundo lugar, porque el desarrollo de una nueva teoría del discurso va a redundar positivamente (si es que se tiene formación marxista como yo y se considera que sí existe una diferencia de valor entre el problema de la ideología y el problema del discurso) en el desarrollo de una teoría general de la ideología. Teoría que, inexplicablemente, todavía falta.

Esta propuesta es sin dudas joven. Vengo trabajando en ella, sí. Vengo escribiendo al respecto, sí. Pero no dejo de encontrarme de forma constante con pequeños saltos de fe, espacios en blanco o callejones sin salida. La pregunta que le hizo Adriana Boria a mi tesis es la pregunta que moviliza mis investigaciones actuales.

POSIBILIDAD / IMPOSIBILIDAD DE CONSTRUIR UN MANUAL

El dictamen de Miguel Dalmaroni es tanto más diferente. Responde, para seguir con el lenguaje de la escuela althusseriana, y en una forma de reposición del lenguaje bélico, a otra forma de «ataque», ataque que, espero entiendan mis otros interlocutores, no se trata de un ataque directo sino de una metáfora: la metáfora de la colisión de dos tomas de posición a veces congruentes, a veces dispares o contradictorias, en el campo de la filosofía.

Mientras Adriana Boria parece percibir los problemas generales y futuros de la tesis y opera como un avión que distingue desde el cielo las posibles fallas de un objetivo militar para luego actuar en consecuencia, Dalmaroni baja al campo de batalla para encontrarse con la tesis cuerpo a cuerpo. En ese gesto, no intenta borrarla por completo, barrerla, mostrar la promesa de su futura inoperatividad sino más bien, llenarla de pequeños daños, de estocadas, de usos de bayoneta.

La primera intervención de Dalmaroni que quisiera destacar, muy parecida a una que supo hacerme Analía en un momento muy

temprano de mi investigación, es como sigue. Voy a obviar las partes halagadoras porque me generan cierto resquemor. Cito, entonces:

El tesista presenta y desarrolla sus argumentaciones con la mayor complejidad; en tal sentido, tanto del tema como de las decisiones metodológicas del tesista resulta un tipo de discurso analítico con altos grados de formalización y abstracción terminológicas, teóricas y teórico-filosóficas, discurso entonces claramente destinado a especialistas en teoría literaria, epistemología o disciplinas afines. Este aspecto del texto no se aviene —sino en algunos tramos y de manera bastante restringida— con la pretensión declarada al comienzo: que la tesis funcione como «un manual» no solo para el «cientista social» sino además para «el estudiante» y hasta para «el mero aficionado». (24)

Esta intervención para mí es de sumo valor. Y voy a contestarla a la par con otra inquietud que planteó Adriana Boria en su dictamen en la que, destacaba, y cito, «la importancia señalada por el autor que tuvo el estructuralismo en la confección y el diseño de los planes de estudio de la carrera de Letras de la UNC».

La respuesta está, por paradójico que pueda resultar, y al menos en alguna de sus partes, en una anécdota de la tradición filosófica a la que pertenezco. G.M. Goshgarian, hoy uno de los encargados de gestionar el archivo de Althusser, refiere en la introducción a *Ser marxista en filosofía* al interés público que tenía Althusser de «escribir manuales». Althusser, a mediados de los 60, escribe *Ser marxista en filosofía* bajo este espíritu. El manuscrito es enviado a Pierre Macherey, por entonces joven filósofo francés emparentado con el maoísmo e interesado por la cuestión del arte y de la literatura y cuyos aportes han sido de un carácter invaluable para nuestro propio trabajo (no solo este, de doctorado, sino también el de grado que Adriana conoció). La respuesta de Macherey es tajante: esto no se trata, le dice a Althusser, de un manual, al menos no para quienes no pertenezcan ya de algún modo a la experiencia marxista. Althusser entiende la devolución y emprende otro proyecto, el de *Iniciación a la*

filosofía para los no filósofos, esta vez sí bajo un espíritu entrista tanto más claro y llano en donde desarrolla una historia de la filosofía en la que plantea que hay dos tradiciones en disputa infinita: la materialista y la idealista.

La anécdota es paradójica, al menos para mí, en varios niveles. En primera instancia, porque es *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, editado por primera vez en español en el año 2015, el que a mí me volvió «althusseriano». En segunda instancia, porque no es sino de un producto anterior fallido del propio Althusser que se vio obligado a revisitar aquello que había escrito unos años antes con un espíritu pedagógico. En tercera y última instancia, porque hoy soy docente de esta Alta Casa de Estudios y no puedo dejar de percibir, yo, mis compañeros de militancia, el grupo de trabajo de la cátedra del Ingreso a la que pertenezco, que mi generación es la última que tuvo una participación de relevancia en las Becas Internas Doctorales de CONICET.

Algo está pasando en nuestra Escuela.

No temo hoy decirlo porque soy parte del claustro docente y, por extensión, parte del problema.

Entonces: ¿qué tipo de manuales tenemos que abocarnos a construir si lo que queremos es que la Escuela de Letras, nuestra, mi Escuela, vuelva a tener una participación verdadera en la distribución nacional de becas? ¿Cuán rigurosos, sistemáticos y profundos podemos ser sin dejar de ser pedagógicos?

Pienso en tres o cuatro manuales que para mí son fundamentales, que no subestiman al lector y que requiere de ellos un esfuerzo y un compromiso filosófico verdadero. Tres o cuatro manuales que, al menos para mí, para mi formación, fueron fundamentales: *Ser marxista en filosofía*, de Althusser; *Cuatro lecciones sobre Kant* (1978), de Deleuze; *El signo. Las fuentes teóricas de la semiología: Saussure, Peirce, Morris* (1983), de Juan Ángel Magariños de Morentín y *Los límites del sentido* (1966), de Peter Strawson.

La pregunta, entonces, es simple: ¿sigue mi trabajo siendo un manual?

Por un lado, sí: al menos eso creo, porque bajo el espíritu de la exposición, de la lectura epistemológica, intenta llegar al núcleo del problema, a los átomos de la filosofía sin nunca subestimar al lector, elevándolo como sujeto crítico. A la vez, no: porque es este mismo dispositivo el que puede resultar clausurante o eyectivo para jóvenes estudiantes que no manejen con cierta destreza principios básicos de la teoría del conocimiento, la epistemología y la filosofía de la ciencia.

En cualquier caso, es una pregunta que todavía no tengo resuelta y que deberá ser revisitada en caso de que, eventualmente y como pretende Analía, publique este trabajo.

NOMBRES PROPIOS: LA CIENCIA COMO «PROCESO SIN SUJETO»

Una de las intervenciones que más me interesaron de Miguel Dalmaroni es la siguiente. Cito:

En la página 6, la tesis utiliza (creo que por única vez) la noción de «nombres propios»; en efecto, señala que el estructuralismo francés se habría caracterizado por «una ética que toma a la práctica científica como práctica sin agente (...) y sin nombres propios», y agrega que «Este gesto (...) terminó por emparentar al estructuralismo francés más con los derroteros propios de las ciencias duras...». La afirmación puede desconcertar, ya que en las ciencias llamadas naturales y exactas (y/o «duras») las teorías llevan nombres propios muy a menudo, desde la astrofísica ptolemaica o la copernicana, hasta el uso generalizado —por eruditos y por legos— de los nombres de Galileo, Newton, Darwin, Mendeleiev, Einstein, etc. para referirse a teorías o a paradigmas científicos determinados. La lista se extiende si nos atenemos a teorías algo menos divulgadas pero igualmente identificadas con «nombres propios», como el teorema de Fermat, el teorema de Gödel o «el bosón de Higgs».

Cierro cita. Esta intervención es crucial. Es indiscutible. Hoy lo entiendo. A esta tesis le faltan, al menos, dos páginas: por caso, las dos páginas que despejan este conflicto. La respuesta, nuevamente, se encuentra en Dominique Lecourt y en la inspiración canguilhemiana y bachelardiana de su propuesta epistemológica.

Omití un punto esencial. Para la escuela althusseriana, la ciencia es, sin más, un «proceso sin sujeto». Lejos está de afirmar Althusser que la ciencia «acontece» de forma espontánea. Nunca alguien de probada inspiración marxista habría jamás de afirmar que la ciencia sucede sin la intervención de quienes trabajan día a día en la práctica científica. La participación concreta, material, humana en las prácticas científicas es comprendida en el esquema althusseriano bajo el concepto de Generalidades I, idea similar a lo que en el esquema spinozaniano entendemos por el Primer Género de conocimiento que es la opinión o imaginación y que designa el conocimiento sensible en general (conocimiento inadecuado), y que implica más la naturaleza del cuerpo propio que la naturaleza de las cosas exteriores.

Para ser claros: Althusser (que ya trabajaba con esto previo a la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn, en 1962) rechaza la noción empirista de que el conocimiento científico es una acumulación progresiva de datos observados por un sujeto (a la taxonomía de Bacon) así como la visión idealista o incluso romántica de que el conocimiento emerge de una intuición o génesis subjetiva. En su lugar, la ciencia es un campo estructurado de prácticas teóricas que opera según su lógica interna. Este campo tiene reglas específicas que determinan qué constituye un problema, qué métodos son válidos y cómo se producen resultados científicos.

Althusser considera que la ciencia no tiene un «sujeto» porque no se trata de la acción de un agente individual sino de la interacción entre estructuras teóricas, sociales y materiales. Estas estructuras no están centradas en una conciencia individual sino que configuran el espacio donde las ideas científicas son producidas. En este sentido, el proceso científico no tiene un centro subjetivo; su «sujeto» es, en todo caso, la estructura misma.

Esta caracterización de la ciencia se emparenta al proyecto antihumanista althusseriano en dos frentes simultáneos:

- 1) contra toda forma de epistemología que pondere al sujeto como centro del proceso de conocimiento y haga de la ciencia siempre un acto intencional, consciente cada vez de sí mismo, profundamente teleológico e idealista, al menos idealista en los términos althusserianos.

Adenda 1. La similitud de este proyecto epistemológico con lo que posteriormente va a escribir Foucault en *Arqueología del saber* (1969) es más que evidente. Y la similitud de estos dos —Althusser y Foucault— con el famoso texto de Marx en *La sagrada familia* (1844) titulado «El misterio de la construcción especulativa», para mí el texto definitivo de la teoría del conocimiento marxista en donde se trabaja la relación entre la pera, la manzana y la filosofía especulativa, es más evidente todavía;

- 2) contra toda forma de epistemología que replique aquella estructura clásica de la teoría del conocimiento según la cual el producto de la práctica teórica (el enunciado de conocimiento) deja, de algún modo, tanto al sujeto como al objeto inmodificados e idénticos a sí mismos.

Adenda 2. Traigo recién ahora a colación esto y de forma no azarosa, después de haber hablado de Badiou al comienzo de la exposición y de su reformulación epistemológica desde el realismo de las ideas platónicas pero, sobre todo, desde una relectura en clave epistemológica de las Tesis sobre Feuerbach.

Hubo momentos sin dudas divertidos en mi trabajo. Nuevamente: la figura de un detective que encuentra un rastro imperceptible al ojo común. Más de una vez (de Barthes respecto a Jakobson, de Greimas respecto a Barthes, de Kristeva respecto a los anteriores) encontré parafraseos casi literales entre los autores de mi corpus. El ejemplo más revelador o divertido fue una oración bastante extensa en *Semiótica I* de Kristeva que aparece como una reformulación casi

directa de otra oración bastante extensa de Barthes en *Introducción al análisis estructural de los relatos* (1966).

Esta revelación me resultó bastante curiosa, aunque un problema sin solución: ¿acaso la falta de una cita, la incorporación de la palabra ajena sin darle su nombre tiene que ver con alguna norma implícita del campo académico francés que desconozco y que probablemente no voy a conocer nunca? ¿Acaso estas repeticiones o transliteraciones pueden ser explicadas por ciertas dinámicas del campo académico francés de los años 60? ¿Acaso, por el contrario, fueron meras faltas o deslices, en suma, errores que hoy, nosotros, con otras herramientas tecnológicas no solemos cometer? ¿Acaso los autores de mi corpus, a pesar de ser «nombres propios», firmas, consideraban, por momentos, que el proyecto en el que se estaban embarcando era, en definitiva, más grande que ellos, una especie de fuerza que operaba, casualmente, «sin sujeto», el de la pura fuerza de la demostración lógica y el análisis y que, por ello, algunas de las reglas inalienables del campo académico como el de la autoría empezaban a desdibujarse?

Por eso, y por paradójico que pueda resultar, cada vez que se hace uso en mi trabajo de palabras como «claro», «abierto», «hospitalario» refiriéndome siempre al discurso estructuralista —todas ellas metáforas que carecen de rigor conceptual verdadero pero que aun así indican un tono general del discurso—, lo que se está diciendo es lo siguiente: *algo sucede en el estructuralismo, en los autores estructuralistas, que parecen escribir y producir conocimiento percibiendo, sintiendo, todavía no sé del todo bien cómo ni del todo bien por qué*, bajo la sospecha de que la ciencia es, en definitiva, «un proceso sin sujeto».

Esta sospecha (la sospecha del principio de la «ciencia como proceso sin sujeto») puede deberse a una dinámica propia del campo académico francés de los años 60. No es descabellado afirmar que esta intuición, que solo Althusser va a terminar por formalizar en los tempranos años 60, fuese algo así como una intuición filosófica generalizada, dada el campo actual —en ese momento actual— del debate: por un lado, habiendo tomado cierta distancia de Heidegger,

Sartre, Bergson e incluso Cassirer, cruzando la línea Maginot; por el otro, considerándose todos discípulos, de algún modo u otro, herederos, o al menos lectores, de Koyré, de la interpretación polémica de Hegel por parte de Kojève, de Wittgenstein pero, sobre todo, de Canguilhem, Bachelard, Sorel y, yendo un poco más hacia atrás, de Saussure, de Spencer o Durkheim.

No me parecería descabellado que alguien, en caso de que quisiera emprender un buceo sobre el campo académico francés estructuralista, empezara por allí, siempre desde la externalidad propia de los textos y a través de material de archivo (léase: cartas, comunicaciones internas, sobres, folletos, etcétera, que puedan comprender 1) el vínculo intelectual/afectivo entre autores, 2) el vínculo intelectual/afectivo entre autores y sus respectivas casas de estudio, 3) el vínculo entre autores y las otras casas de estudio a las que no pertenecían, 4) el vínculo concreto entre diferentes casas de estudio, 5) el vínculo del campo editorial con, simultáneamente, los autores y las casas de estudio, etcétera).

Dosse, por ejemplo, es bastante incisivo en este punto: mientras yo intenté destacar que existía algo así como una «ética silenciosa pero compartida de producción teórica» entre los autores estructuralistas que elegí, Dosse insiste en que no había texto que fuera a ser publicado cuyas copias no hubieran recibido antes otros autores del campo. En suma, que no había producción académica estructuralista referida a la literatura que antes de ser publicada no hubiese sido sometida a cierto escrutinio profundo por parte de sus pares académicos.

Esta dinámica no oblitera bajo ningún término la aparición, por ejemplo, del «estilo» como espacio de notación autoral, del «nombre propio», como decíamos. Mucho menos el problema de la «claridad»: uno puede ser «claro» en la expresión de su proyecto, «transparente» en su proceder, sin percibir que detrás de todo la ideología sigue fatalmente operando.

Estilo y claridad. Uno *reconoce* a Kristeva en su escritura, a Greimas en su escritura, a Barthes, cada vez más, cuando empieza a ingresar al sueño del filósofo poeta nietzscheano.

Sin embargo, no dejo de sospechar lo siguiente. Algo, en esta comunidad estructuralista, funcionaba, para tomar una palabra de Miguel, como una verdadera «caja de herramientas». Algo que no es una mera sospecha sino que se trata de datos concretos que encontramos en los textos; algo que nos permite afirmar que la relación entre los textos es mucho más íntima que la del rotulado pobre que la crítica le puso durante los años posteriores.

Los textos parecen —y aquí sí me permito cierta licencia poética, y la uso porque se trata de una intuición no necesariamente teórica—, escritos en la misma mesa, bajo los mismos focos de luz, con la misma estación aconteciendo allende las ventanas. Existe, no tengo lugar a dudas, aunque no sea mi interés trabajarlo, la posibilidad de pensar una «sociología del contagio» para la experiencia estructuralista.

Esta intuición es la que nos llevó a utilizar la palabra «aparato», de la que Miguel dijo una o dos cosas en el dictamen. «Aparato» es la palabra que designa la ausencia del concepto. La ausencia de una categoría. Hemos usado indiscriminadamente el término «aparato» para referirnos, simultáneamente, a la faceta metodológica, analítica, teórica y filosófica de una investigación, nada más que como metáfora prestada del campo de las matemáticas. Hubiésemos querido encontrar otra. Por ejemplo, la palabra «función» está demasiado cerca del funcionalismo para resultarnos eficiente o interesante, pero su sentido no deja de parecernos interesante.

La profesora María Inés Baragatti, profesora ya jubilada de Análisis Matemáticos I, II y IV de la Universidad Nacional de La Plata, cuyos videos de divulgación se encuentran en YouTube, aborda el problema de la función matemática. Insiste en no dar una definición formal de una función, que sería como sigue: $y = (X)$, *entendida como la correspondencia entre dos conjuntos, de manera que a cada elemento del primer conjunto, llamado dominio, le corresponde un único elemento del segundo*. Ella prefiere, por el contrario, dar una explicación, valga la redundancia, funcional de la función. Dice entonces que una función es una máquina, de algún modo inamovible,

impenetrable, imperturbable, que solo responde a una única orden, la orden que se le imprime, y que solo produce, como respuesta, aquello que está limitada a producir, producción a su vez delimitada por la orden que se le ha impreso de forma primero.

El carácter, valga la redundancia nuevamente, maquínico de esta máquina, su forma de «aparato», a mí me interpelaba porque me remitía a un problema epistemológico al que le dediqué muchas páginas en la tesis: el de las formas inconscientes del pensamiento que se producían y reproducían de manera relativamente espontánea e independientemente de la voluntad de los investigadores, a la forma de la «cosa social» durkheimiana. Formas del pensamiento que se traducían en operaciones y en conclusiones porque el mismo aparato había sido alimentado con una definición específica del objeto de estudio y una definición específica y concreta del método a través del cual se lo trabajaría.

El régimen de co-determinabilidades entre el objeto y el método, y el régimen de eficacia dialéctico entre uno y otro suponían, siempre, la actividad de una función. Y aquí lo interesante: y era la pausa de la función, el quiebre de la función, el momento en el que la función dejaba de operar como tal, fruto de su imposibilidad de resolver, por sus propias coordenadas, una información que le resultaba radicalmente ajena, una otredad epistemológica absoluta en donde aparecía mi lectura de buceo epistemológico y la importancia de la llamada lectura sintomal.

RECORTES

En el dictamen, Miguel Dalmaroni escribió:

La tesis explicita los criterios para el recorte del corpus, aunque el hecho de que lo constituyan unos pocos títulos (seis en total) hace aconsejable que el autor afine o profundice la justificación de ese recorte durante la defensa. También podría resultar de interés que Chuit Roganovich detalle qué otras posibilidades de recorte del corpus

consideró y finalmente descartó (por ejemplo, y como mera ilustración de la pregunta, por qué no incluyó en su corpus a algunos otros estructuralistas franceses destacados, como Gérard Genette —que nomás es mencionado un par de veces pero no estudiado—).

La primera respuesta que puedo dar al respecto es la más cobarde pero no deja de ser cierta y, metodológicamente, de valor. Los límites formales de presentación de una tesis de doctorado, sumados a un límite, a medias autoimpuesto a medias consultado con mis directores, de no excederme de las 250 páginas, funcionó para mí como la báscula desde la cual leía los ingresos y egresos de autores de valor en mi propio trabajo de escritura.

La respuesta cobarde, y por cobarde me refiero a meramente «institucional», es la siguiente: todo lo que no está en la tesis, todo autor silenciado, fue silenciado porque, simplemente, y bajo el reglamento actual de la Facultad de Filosofía y Humanidades, «no había espacio». En las palabras con las que abrí la defensa: «no había espacio posible que pudiesen ocupar».

Simultáneamente, mi trabajo concreto con los textos de los autores me devolvía, a medida que avanzaba, cada vez más información. Digo, y para volver a la metáfora policial: más pistas, más huellas, más rastros de sangre, más sospechosos que yo no estaba encontrando en la bibliografía de consulta, de modo que la posible incorporación de autores por fuera de mi plan de trabajo inicial, un deseo siempre presente de mi parte, se iba alejando a medida que avanzaba la escritura, hasta desaparecer.

Difícilmente esta razón pueda resultarles satisfactoria. Sin embargo, es real y concreta. Es tan simple que molesta.

En la filosofía, a veces, y como en una inversión del principio de Occam, lo simple molesta.

Emprendo entonces una respuesta tanto menos cobarde y referida a límites metodológicos, operativos y decisiones teóricas y metodológicas concretas que tomé a lo largo del trabajo respecto del ingreso/egreso de otros autores.

1

El caso de Genette es paradigmático del problema al que me enfrenté. Genette y sus *Figuras II* (1969) formaba parte del proyecto que CONICET aprobó. Por una mera intuición, que ahora no vale la pena rescatar, fue el segundo autor con el que quise trabajar después de tener relativamente cerrados los capítulos sobre Barthes. Escribí no menos de 25 páginas respecto de su aporte. Pero me encontré frente a un problema de orden concreto y material insospechado: el libro prácticamente no existe en español. No estaba en la biblioteca provincial de Córdoba, no estaba en la biblioteca de nuestra Facultad, no estaba en internet. Esta inexistencia me llevó a traducir todos los fragmentos que consideraba pertinentes incorporar en el trabajo. Sin embargo, la práctica de la traducción produjo una pregunta: si el motivo de este trabajo seguía siendo, a pesar de su densidad, convertirse en una especie de manual, ¿por qué habría de incorporar un texto cuya fuente en español no existía en este país? ¿Por qué habría de incorporar un texto que era virtualmente imposible de conseguir en nuestro idioma y sin el cual el lector no iba a poder cotejar, comparar, sopesar o diferir de mi lectura? ¿Por qué habría yo de asumir que un estudiante intermedio de la carrera de Letras debería manejar, como yo, el francés, que me formé, precisamente, en la escuela francesa de filosofía?

La solución fue simple, pero drástica: eliminarlo del corpus e incorporar algunos de los fragmentos escritos a los capítulos de Kristeva y otros, a los capítulos de Greimas, autores con quienes, en más de una ocasión, comparte posiciones teóricas.

2

El trabajo mismo sobre los textos me llevó a excluir la incorporación de otros autores. Nunca imaginé, y esta es una de las grandes sorpresas que me produjo el trabajo de análisis y escritura, que por cada texto que me sentaba a atacar desde el dispositivo de la lectura sintomática, se me abriera un mundo tan extenso. Cada oración escrita por Barthes, Jakobson, Kristeva o Greimas suponía,

al menos, y para decir algún tipo de número, tres oraciones en mi propio trabajo.

Por citar sólo algunos ejemplos: el primer capítulo de Semiótica I, «El texto y su ciencia», y que es aquel en donde Kristeva desarrolla su propuesta de trabajo y, de nuevo, su posición en la filosofía, es considerablemente más corto al que escribí en mi trabajo sobre ese mismo capítulo. Lo mismo sucede con el capítulo «Las condiciones de una semántica científica» de *Semántica Estructural* de Greimas, mucho menor en cantidad de palabras a las que yo escribí sobre esos párrafos. Con Barthes no sucedió algo muy diferente.

En cualquier caso, se trató de una decisión de la que me hago cargo. No se trató de un olvido involuntario sino de una omisión premeditada. Del proceso me llevo, sin embargo, nada más que un descubrimiento: que para mí era posible replicar, como lo habían hecho Macherey, Lecourt, Vernier o el propio Althusser, lecturas profundas que insistiesen hasta la llegada al átomo, densas pero sin dejar de ser dinámicas. Descubrí que podía hacerlo. Así, y a medida que avanzaba en el análisis y la escritura de la tesis, entendía que no debía abandonar el carácter sistemático y riguroso que estaba empezando a emular de la escuela filosófica a la que pertenezco y de la que me considero un mero participante.

Esto fue así, de tal modo, que empecé a sospechar, verdaderamente, que esto, mi trabajo, había dejado de ser por completo una tesis doctoral y que, en verdad, estaba convirtiéndose, más que en un manual, en una enciclopedia: una enciclopedia, por llamarla de algún modo, que ejercitase una crítica epistemológica a los fundamentos del estructuralismo en el campo de la teoría literaria.

No voy a negar que me encantaría que esta tesis se publique eventualmente. Sería para mí un logro inigualable.

Pero a la vez no dejo de pensar en que siento que todavía, honestamente, le faltan unas 700 páginas, para terminar por ser un libro como los ya históricos de Wellek, Cabo Aseguinolaza, Viñas Piquer, y otros.

Hay muchos autores que podrían haber sido incorporados, sin lugar a dudas. Esto fue discutido con mis directores, Analía y Silvio. Sin embargo, ambos me dieron la libertad de tomar las decisiones que considerase pertinentes para el desarrollo de la tesis. Voy a reponer, a continuación, por la ausencia de algunos nombres de valor.

¿Qué sucede con Lucien Goldmann?

Decidí excluir los aportes de Goldmann, no por la calidad de su aporte —puesto que la idea del estructuralismo genético puede permitir abordar el «problema de la historia» en la teoría estructuralista— sino más bien porque su teoría de la literatura no es, en estricto, una teoría literaria estructuralista sino más bien una sociología de la literatura de factura lukácsiana que se valió de los aportes del estructuralismo en la teoría literaria.

Decidí excluirlo incluso a pesar del cariño enorme que le tengo. Y esta exclusión, reflexiva, premeditada, creo que es muestra clara de que intenté respetar una dinámica que me había autoimpuesto: primacía del proyecto y del método sintomal por sobre mi propio esquema volitivo.

Por suerte, este vacío quedó de algún modo repuesto: no solo porque entre los cursos que hice para cumplir con los requerimientos de la Facultad de Filosofía y Humanidades se encontró seminario de Sociología de la literatura de la Dra. Susana Cella sino también porque en estos últimos tres años empezamos a movernos, yo al menos, hacia una sociología de la literatura o sociología del discurso, junto con Ana, habiendo organizado el mes pasado un Congreso en el Gino Germani llamado II Jornadas de Sociología de la Literatura.

¿Qué sucede con el grupo μ (M1)? La exclusión de *Rhétorique générale* del grupo μ se debió a nuestro propio recorte temporal, por haber sido publicado en el año 1970 (año en que también se publica *S/Z* de Barthes) y que figura para la historiografía como fecha-síntoma de la fractura del pensamiento estructuralista (Cusset, 2005; Dosse, 2016).

En el plano temporal, los motivos del recorte derivaron del estudio de la historiografía contemporánea dedicada al estructuralismo.

El 1963 es considerado crítico en cuanto es el de edición y publicación de *Essais de Linguistique Générale*, de Jakobson, libro de influencia mayor no solo en la producción teórica estructuralista general sino también en la gestación de una forma de estudio específica de la literatura. El año 1969, cerrando nuestro recorte, es el que marca el fin del ascenso de la «Belle Époque» estructuralista (Dosse, 2016), año en que se publican *Semeiotiké. Recherches pour une sémanalyse* de Kristeva, y *Figures II* de Genette.

Pero no se trata solo de estas dos figuras. ¿Qué sucede con Dumezil? ¿Qué sucede con Todorov? ¿Qué con Macherey, Vernier y el joven Derrida? ¿Qué con Philippe Sollers, Jean Ricardou, Georges Paulet, Michel Serres, Marcel Detienne, Émile Benveniste, Jean Cohen, Charles Mauron, Lucette Finas, Hélène Cixous? Todos autores, muchos de ellos menores, al menos menores para un proyecto de lectura como el que tenía en mente, que podrían haber sido incorporados. Y no solo ellos, sino también muchos otros más, siguiendo esta idea que me perseguía como un fantasma: la de que el manual se convirtiese en realidad en una enciclopedia para poder incorporar no solo lo que ya había hecho en mi tesina de grado respecto del formalismo ruso sino para poder también rescatar Praga, Ginebra, Tartu–Moscú, República Checa, y con ellos, Trubetzkoy, Ian Mukarovsky, Yuri Lotman, y tantos otros.

Ausencias

Dalmaroni destaca ciertas ausencias fundamentales. Ausencias específicamente *argentinas* que podrían haber, no reconvertido mi tesis en otra sino, más bien, haberle dotado al texto un sentido de pertenencia institucional, nacional, regional. Tiene, en grueso, razón. Pero voy a intentar morigerar la afirmación. No porque sienta que soy yo quien en realidad está en lo cierto sino porque, efectivamente, aquello que Miguel destaca se trató de una discusión que mantuve conmigo mismo durante mucho tiempo.

No hay ninguna de estas ausencias que hayan sido meros olvidos involuntarios. Intenté más de una vez hacer claro y explícito el

motivo que movía la investigación: trabajar con la materialidad concreta de los aportes de los autores franceses que escogí, intentando, a través de la lectura sintomática, hacer emerger lo no dicho de sus propuestas, los sustratos epistemológicos profundos e invisibilizados —bien por omisión, bien por olvido— de sus propias palabras, para traer, entonces, a superficie ciertos elementos, clústeres de pensamientos compartidos por los autores estructuralistas.

Cualquier incorporación foránea, y juro haberlo intentado, porque esta tesis no se trata sino de reescrituras, hacía que el texto perdiera fuerza.

¿En qué perdía fuerza?

En su motivo esencial: en forzar hasta el límite de mi capacidad su inmanentismo.

Como no son muchos los que se dedican a la epistemología en este país, al menos a la epistemología que a mí me interesa, y entre quienes puedo contar, a Pedro Karkmarzyk, Natalia Romé, Gisele Catanzaro, Marcelo Starcebaum y otros, tuve que suplir mis cursos de doctorado bajo otra estrategia: acercarme a aquellos intelectuales argentinos que hablaron y hablan de los autores de los que yo hablaba o que habían tenido un rol de relevancia en la divulgación de los autores que me interesaban.

Voy a hacer un racconto breve por algunos de los más relevantes entre los que Miguel señala en su dictamen.

Uno de esos cursos, casualmente, fue dictado por Gabriela Simón, con quien terminé desarrollando una relación personal inhóspita, por ser mejor amiga de la madre de uno de mis mejores amigos, Manuel, que está por ahí. Gabriela corrigió el proyecto de tesis, y revisó también algunos de los apartados del gran capítulo de Barthes. Su producción me parece hermosa, y los dos libros de ella, sí se tratan de manuales, verdaderas puertas de ingreso al pensamiento barthesiano. El problema, si es que cabe nombrar alguno, es que su producción de divulgación se alejaba en complejidad, en profundidad epistemológica, en «insistencia» del programa que yo mismo había diseñado para mi trabajo.

Con Giordano tuve un problema, por decirlo de algún modo, diferente. Su lectura de Barthes no está sino teñida retrospectivamente por las propuestas del Barthes adulto, es decir, la propia posición de Giordano dentro de la filosofía y, para ser más explícitos, su propia forma de entender su propia escritura, el ensayo y la intervención intelectual. Para Giordano, y voy a ser muy vulgar en esta expresión, pero solo por la celeridad que requiere esta presentación: el joven Barthes no aparece sino como la confusión obligatoria que tiene que ser atravesada hasta el desarrollo de la adultez. Su lectura, a mi entender, etapista–hegeliana del pensamiento barthesiano, se coloca en un lugar diametralmente opuesto a mi operación sobre el estructuralismo que no deja de estar, de vuelta, apuntalada en la intención de *diagonalizar* la salida del estructuralismo, como dice Badiou. En suma: volver al estructuralismo, que no es sino nuestra Ilustración del siglo xx, el edificio teórico respecto del cual toda empresa de ciencia social debe medirse, no saltarlo en sus errores y pasos en falso, no esquivarlo en su delirio, si lo podemos llamar así, cientificista, para entender qué hay todavía ahí que nos permita reagruparnos y reinventarnos en la crisis teórica y política que atravesamos.

Con José Luis de Diego sucede algo diferente. Por un lado, *Una babel feliz* (1993), libro que adoro, recorre algunas categorías centrales que estructuran el pensamiento barthesiano. Cuáles son: el itinerario desde la noción de escritura a la noción de texto; la oposición Doxa/Historia, vertebradora en trabajos como *Mitologías* (1957); la dicotomía discurso científico/abolición del sentido; la elaboración de una teoría de la lectura, central en la producción de la primera mitad de los 70. Pero verdaderamente poco de aquello que yo quería hablar. Finalmente, su trabajo enorme fue de a poco moviéndose hacia una sociología de la literatura, que no es el campo de mi interés, al menos no en esta tesis, pero sí en el grupo de investigación que coordina Analía Gerbaudo, con fuerte inspiración bourdieusiana.

Los aportes de David Fiel, en especial, *Roland Barthes y el Soberano Bien. Música, epifanía y muerte en La cámara Lúcida* (2016),

simplemente responde a otro orden de preguntas que son las que yo intento hacerles a los textos del joven Barthes.

En cualquier caso, ninguno de los cuatro le dedica, por ejemplo, a *Sistema de la moda* (1967), la palabra justa que creo se merece y que es, para mí y como expliqué en la tesis, un libro de importancia capital. Libro que ocupa, sin exagerar, al menos el 65 % de mi análisis sobre Barthes. Insisto en mi tesis que se trata de un libro relativamente olvidado. Tal es así, que *Sistema de la moda* es un libro que no se consigue en librerías, que no ha sido reeditado, cuya única edición accesible es la de 1978 de la editorial Gustavo Gilli y que no forma parte de los Planes de Estudio de las Universidades Nacionales (ni de la Universidad Nacional de Córdoba ni de la Universidad de Buenos Aires ni de la Universidad Nacional de Rosario ni de la Universidad Nacional de Tucumán ni de la Universidad Nacional de Cuyo, por nombrar solo algunas).

Esto no niega en absoluto que hubiera sido posible adosar a la tesis un aparato que, por mi propio estilo, por mi propia comodidad, decidí abandonar: el de las notas al pie. Aquí sí hay una falla que no tengo problemas en admitir. En un sistema de notaciones al pie podría haber incorporado algunos trabajos de Sarlo, de Podblune, o como dice Miguel, al número 22 del *Boletín* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (CETyCLI) de la Universidad Nacional de Rosario dedicado a Barthes (abril de 2023) que leí porque fue escrito por muchos de mis propios amigos, Nico Garayalde, Fran Bitar, Leo Bonhoff, Juli Novelli, entre otros, pero que, aun así, ejercitaban una lectura que, nuevamente, se alejaba en mucho de la pretensión de mi trabajo.

Sentía, y esto es nada más que una intuición, que debía esforzarme por limitar las externalidades o las incorporaciones forzadas. No solo porque sentía la obligación de ser fiel a lo que me había propuesto metodológicamente, la lectura sintomal, sino también porque sentía que, dadas mis pretensiones de escribir, finalmente, un manual o una enciclopedia, la incorporación de externalidades podían llegar a volver al texto una explosión rizomática sin orden, sin norte, sin un proyecto claro.

CIERRE

Podría seguir durante largo rato, pero entiendo que ya superé en mucho el tiempo pactado. Quisiera cerrar la exposición compartiéndoles la dedicatoria que escribí a la tesis doctoral. La escribí apenas empezaba mi trabajo, la revisé cuando me encontraba hacia la mitad, la volví a revisar antes de presentarla. Es la única parte de mi trabajo a la que no le cambiaría ni una coma. Ni hoy, ni dentro de veinte años. Intenté condensar todo lo que me moviliza en media página.

Cito:

A los padres de mis cuatro abuelos, que por el encuentro fortuito de fuerzas invisibles decidieron desembarcar en este país bendito.

A la Universidad Nacional, pública, gratuita, laica y de calidad.

Al CONICET. A todos mis profesores.

A la tradición marxista.

A Silvio Mattoni.

A Analía Gerbaudo, por ser la única persona que me hizo llorar de felicidad, un diciembre en una llamada telefónica, cuando todavía no conocía su cara, caída ya la noche, mientras recorría con los ojos los edificios del barrio en el que nací, General Paz, a través de la ventana del primer piso.

A mi abuela Nélica.

A mi mamá, Patricia, y mi hermana, Macarena.

A mis amigos, los reales y los imaginarios, sin los cuales sería *moins que rien*.

A Diego Armando Maradona, por haberme empujado a ser argentino.

Al Buey dormido del Mayo Alto.

EL ACTO DE COMPRENDER

ADRIANA BORJA

Cuando me comunicaron el título de la tesis, *Hacia una crítica epistemológica de la teoría literaria: objeto y método en el estructuralismo francés*, me sorprendió positivamente, en primer lugar, porque me reenviaba a una etapa de mi formación en la cual el estructuralismo era visto por los grupos de jóvenes que éramos en aquellos años setenta como un punto de vista subversivo en relación con los viejos abordajes enciclopédicos historicistas que dominaban en la Escuela de Letras de la Universidad Nacional de Córdoba por aquellos años. En segundo lugar, con la apertura democrática y en los años de docencia en esa escuela, el estructuralismo francés se comprendía en su aspecto quizás más reduccionista respecto de las posibilidades estético literarias de los textos. Nunca se sostuvo, creo yo, la importancia de la apertura que significó esa teoría como una llave para mirar otros lenguajes y otros soportes, lo que simultáneamente significaba pensar el problema de la especificidad y la autonomía de «lo literario». De modo que cuando leí el índice del trabajo de Roberto y vi los autores que se proponían como lectura sospeché que sería una experiencia renovada.

En el mismo título, la expresión «crítica epistemológica» me sonó provocativa y desafiante. Dos resonancias que, debo decirlo, no son frecuentes en los trabajos de tesis doctorales en la actualidad.

Así que junto con estos temas —relativos a las problemáticas de las prácticas teóricas— se aparecían otros, más orientados a la institución universitaria, a las prácticas pedagógicas, y a la formación de críticxs en estas zonas del saber. Desde mis tareas de gestión en el posgrado vengo observando una especie de nivelación de saberes que se concretan en trabajos de tesis doctorales que alcanzan solo los niveles adecuados a las normas del sistema. Si bien se cumplen con exhaustividad las tareas de evaluación y de seguimiento de los estudiantes hay un límite, muchas veces debido a condiciones materiales de los estudiantes (falta de becas, falta de tiempo, etc.) que erosiona esa nota de brillo, de singularidad, y porque no, de desparpajo que caracteriza a esa etapa de vida que se llamó «juventudes». Creo que falta —y este contexto político lo ha profundizado o lo profundizará— la convicción de la importancia de las prácticas teóricas en el entramado social.

Por eso mismo una crítica epistemológica de la teoría literaria supone señalar no solo los límites de los saberes sino la posibilidad de pensar —Roberto se refirió a este punto en su exposición— políticas de lo literario. Me pregunto acerca de la importancia social e individual de pensar «políticas de lo literario» en este momento concreto de la historia de la humanidad. Tal vez otrxs se estarán haciendo la misma pregunta, por lo cual el interrogante sonará como una mera repetición...

Sin embargo, y a pesar de todo, me sitúo o nos situamos en el orden de las creencias: en esa dimensión la persistencia gana todas las partidas. Desde ahí es que podemos señalar de nuevo que comprender y crear son tal vez las únicas tablas salvadoras en el hoy.

Volviendo a las experiencias de docencia de posgrado, sostengo que «la defensa» de la tesis es parte del proceso de formación de unx estudiantx: una buena defensa por parte del estudiante y preguntas inteligentes de los integrantes del tribunal abren nuevas líneas de interrogación y, en muchos casos, aclaran líneas futuras de investigación que continúan problemáticas iniciadas en el trabajo de tesis doctoral. Esta escena dialógica (en el sentido bajtiniano) suele

presentarse en pocas oportunidades puesto que hay en la mayoría de los casos una constricción determinada por la necesidad de aprobar y pasar a otra instancia en la supuesta carrera académica. Estos condicionantes que de ninguna manera dejan de tener su validez, tanto institucional como existencial, no permiten situar ese acto como un valor singular relativo a las prácticas del conocer. En ese intercambio los actores principales, el doctorando y los integrantes del tribunal, mantienen posiciones recatadas un tanto sujetas al acto discursivo institucional del que se forma parte. Pero con ello se deja de lado (nuevamente lo afirmo) la singularidad del acto que consiste, justamente, en comprender problemáticas o interrogantes que inciden o pueden incidir en la realización de ciertas operaciones críticas que para Theodor Adorno tienen que «captar los modos en que las propias categorías se instituyen, la manera en que se ordena el campo de conocimiento y cómo lo que este campo suprime retorna, por así decir, como su propia oclusión constitutiva».

Algo de estas resonancias sucedieron en la defensa del pasado año. En modo discursivo, ello podría sintetizarse en una conversación. Esta modalidad de comunicación (central para algunos semiólogos pero que también es constitutiva en cierta tradición filosófica) constituye una de las maneras primarias de construcción de conocimiento. Quizás por ello los participantes del acto de defensa de Roberto Chuit Roganovich sentimos, por un instante, fulgores extraños puesto que se violaban las normativas de un acto académico (¿necesario?) para situarnos en otro lugar legítimo y fecundo: el acto de comprender.

Córdoba, 15 de febrero de 2025

DIÁLOGO AMOROSO

SILVIA BAREI

Inicialmente debo confesar mi estupor frente al pedido de Analía Gerbaudo porque es la primera vez que alguien me solicita una especie de síntesis de lo que se ha conversado y reflexionado como instancia posterior a la defensa de una tesis. Debo reconocer también que cuando recibí el mail de Analía me apresuré a escribir, a continuación de las notas que había tomado durante la defensa de Roberto Chuit Roganovich, lo que recordaba que yo había planteado; no como preguntas a ser respondidas por el doctorando sino aspectos que me habían suscitado las estrategias de defensa y luego, la conversación con el tribunal. He aquí esas cuestiones, pasadas ahora por el tamiz del tiempo transcurrido y la acentuación de aspectos que —suscitadas por el modo de enunciación de la defensa— son de mi particular interés.

Creí leer, por detrás de los planteos iniciales de Roberto, la pregunta no solamente de cómo defender lo que ya se había defendido por sí solo (el trabajo de tesis doctoral aprobado por los tres miembros del tribunal) sino de para qué investigar y escribir, desde dónde escribimos, qué significa este lugar en un momento de convulsiones políticas, ataques a la educación pública y metamorfosis culturales, es decir, un reconocimiento de su propio lugar de enunciación con la plena seguridad de que hay una vinculación entre palabra teórica y hacer político. Era inevitable, en esta

coyuntura, referirse al terrible contexto político de restricción de presupuesto de la universidades y la investigación, la desvalorización de su historia señera en la cultura argentina y la inscripción de su plantel académico en la categoría de «adoctrinadores» y «zurdos de mierda». El compromiso que exhibió y compartió el tesista con los miembros del tribunal se asocia claramente a razones ideológicas en el uso político y social de un discurso público y abierto como lo es el género «defensa de tesis». En el caso de Roberto, esta no se limitó a una exhibición de recorridos y logros (como suele ser usual) sino que se expandió en una reflexión personal (recordemos «lo personal es político») sobre la experiencia de investigación y escritura y una atenta reflexión sobre las cuestiones observadas por cada uno de los integrantes del jurado en sus dictámenes.

Entiendo al acto de defensa de un trabajo de tesis, —siendo esta una investigación sostenida durante varios años—, como la construcción de una escena de enunciación instaurada como dispositivo académico formal. Esta escena —o puesta en escena— engendra un discurso que a su vez legitima y visibiliza a los participantes de esta situación. En este sentido, hay que reconocer que suelen producirse y reproducirse dos escenarios en el ámbito académico: el de la escena de poder, en los que unos exponen su «saber» frente a otro/a que «defiende»; o un acto más horizontal y dialógico de interlocución en el que los participantes están más interesados en la palabra del otro/a que en la exhibición de sus propias competencias.

Sentí (no uso el verbo al azar) que este último fue el caso en el que un determinado acto de lenguaje —una defensa de tesis— produjo una situación donde, siendo centrales el espacio y los objetivos de la defensa, los participantes del dispositivo comunicativo trabaron una situación relacional que además de la competencia teórica, debemos reconocer, suele tener mucho de azaroso, de contingente y de componente emocional. Por lo tanto, y en mi caso y después de escuchar la palabra de los colegas, comencé señalándole a Roberto que la categoría teórica de «acontecimiento» a la que él se había referido para ubicar la irrupción del estructuralismo

en el campo intelectual de los sesenta, no dejaba de ser pertinente para definir lo que estábamos compartiendo en esa instancia. Y que había percibido su intervención como un «acontecimiento» de fuerte rigor científico, pero, a la vez, una participación «amorosa» en la que lo emocional formó parte de un marco cognitivo y de formas de manifestación de una racionalidad subjetiva que orientó, indudablemente, sus recorridos y decisiones electivas para llegar muy airoso al logro de su propuesta inicial de investigación.

«A la tesis le faltan páginas», señaló Roberto en un momento, seguro (como sucede cuando ponemos un punto final a un trabajo de largo aliento) de que en el camino hemos dejado aspectos por analizar, gustos, recortes y muchas cosas por decir. Se refería particularmente a la no inclusión de la Escuela Checa, Román Jakobson y el eje teórico Moscú Tartu.

Creo haberle contestado que a toda tesis le faltan páginas pero que todo no es decible. Allí opera una restricción propia de todo discurso en el que las decisiones son necesariamente intencionales y no solo reductibles a la idea de que esta debe ser un «aparato» o una «máquina» que lo diga todo. Las comillas indican categorías empleadas por Chuit.

Cuando señalo lo de «discurso amoroso» en realidad estoy valorando positivamente el modo intensamente afectivo de una escritura y de una defensa (situaciones que han dado origen a dos enunciaciones diferentes, una del orden de lo escrito y otra, de lo oral) que ponen en escena —insisto con la metáfora teatral— una presencia notable entre la naturaleza sensible del objeto estudiado y su concreción en discurso. Sabemos que toda argumentación se sostiene emocionalmente en aquello que el enunciador afirma, en lo que se quiere comunicar, en la situación que da origen al discurso y en el género normado de «defensa de tesis» que permitió a Roberto imprimirle un vuelo personal.

En un segundo momento de mi intervención le señalo a Roberto si sería posible pensar las categorías de una Teoría Literaria —que él utiliza de manera pertinente en su travesía por el

estructuralismo francés—, para reflexionar acerca del arte, sobre todo el contemporáneo, centrado en la abstracción y fuertemente presionado por la virtualidad. Es decir, si aproximándonos a un campo interdisciplinar podríamos articular una Poiesis (hacer, crear, comparte la misma raíz que «poesía») con una Estesis (como condición sensible del sujeto y su obra de arte) inscribiendo lo literario por fuera de su propia «literariedad» en relación con otras artes y acontecimientos de lo social. Se me ocurre la reflexión porque cuando digo «articular Poiesis y Estesis», es porque este trabajo nos ha invitado a pensar en el elemento estésico (no solo lo estético en tanto belleza) como modo del sujeto de relacionarse con el mundo, lo emocional y lo político en sus distintas manifestaciones y lenguajes.

Para que el entusiasmo de esta rememoración no me lleve a extenderme más de lo que corresponde, señalo en tanto campo a investigar que, en las teorías actuales, la emoción como parte de la racionalidad es considerada como una inteligencia afectiva. Está ligada a lo corporal y modelada culturalmente y es, por lo tanto, un componente dinámico de todos los procesos de manifestación discursiva, se trate de defender, argumentar, convencer, razonar, explicar, debatir, etc. Y en el caso de los textos artísticos, como elemento central de la creación. Valoro en esta defensa no solo la explicitación argumentativa de una trayectoria de investigación sino la captura de esta inteligencia emocional y de sus efectos en un reclamo de atención a diferentes modos posibles, más allá de las formalidades académicas y variables enunciativas, que apuesten a un diálogo más horizontal, más humano, más creativo y más «amoroso» entre pares.

QUIENES ESCRIBEN



FOTOGRAFÍA:
ALEJANDRA LÓPEZ

ROBERTO CHUIT ROGANOVICH

Nací en Córdoba Capital en 1992. Estudié Letras Modernas en la Universidad Nacional de Córdoba donde me doctoré con una crítica epistemológica al proyecto de la teoría literaria estructuralista francesa. Publiqué las novelas *Si sintieras bajo los pies las estructuras mayores* (ganadora del Premio Clarín de Novela en 2024) y *Quiebra el álamo* (ganadora del Premio Futurock de Novela en 2022). Me interesa la política y la militancia, así que también escribí el libro de divulgación

de filosofía política *El archipiélago. Nuestra retirada del mundo y notas para un regreso* (El gato y la caja, 2025). Disfruto mucho de la música; tengo una banda de postrock y posthardcore que se llama Ox en Mayo Alto.



FOTOGRAFÍA:
SABINO OCHOA

ADRIANA BORJA

Licenciada en Letras Modernas, Magister en Sociosemiótica y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba donde enseña desde el año 1986 en las cátedras de Teoría Literaria y en el Programa de Discurso Social. Dirige el Programa de Estudios de Género y el Doctorado en Estudios de Género del Centro de Estudios Avanzados. Suele decir que su mayor mérito consistió en dictar una clase sobre Bob

Dylan en el año 2015 destacando sus méritos como poeta (preanuncio del Nobel de literatura que le otorgaron en el año 2016).



FOTOGRAFÍA:
MARTÍN ÁVILA

SILVIA BAREI

Profesora universitaria, ahora solo en el posgrado porque, para su alegría, se retiró hace unos años, aunque no abandonó del todo la manía de estar vinculada a la universidad. Se dice también poeta, aunque no es muy seguro si es tal o solo escribe libros de poesía. Entre los libros teóricos de su especialidad destaca *Reversos de la palabra. Poesía y vida cotidiana* (Alción, 2005), *Culturas en conflicto* (Ferreya, 2012) y *Campos de batalla. Cultura y violencia*, de próxima aparición. Entre sus poemarios, *Sangre acompasada* (Babel/Reflet de Lettres, 2022), *Fauna* (Clarice, 2023) y *Aqua* (Del Callejón, 2024): el primero toma como eje los migrantes, los otros dos hablan de la devastación del mundo natural. Nada nuevo y por ello, no menos importante.

ÍNDICE

- 4 Y también ahí, la política... —ANALÍA GERBAUDO
- 8 La pasión del estudio —SILVIO MATTONI
- 19 **DEFENSA DE TESIS. Hacia una crítica epistemológica de la teoría literaria: objeto y método en el estructuralismo francés (1963–1969)**
—ROBERTO CHUIT ROGANOVICH
- 11 La toma de posición: ser marxista en filosofía
- 13 La verdad, las verdades
- 16 Badiou: ontología matemática
- 17 Hacia una topología del discurso sobre lo literario
- 20 Posibilidad / imposibilidad de construir un manual
- 23 Nombres propios: la ciencia como «proceso sin sujeto»
- 29 Recortes
- 38 Cierre
- 39 El acto de comprender —ADRIANA BORJA
- 42 Diálogo amoroso —SILVIA BAREI
- 46 Quienes escriben

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Berretín de miscelánea.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Chuit Roganovich, Roberto

Contra el estado del mundo, el amor genuino /
Roberto Chuit Roganovich; Editado por Analía
Gerbaudo; Silvio Mattoni; Fotografías de
Alejandra Lopez; Martín Ávila. –1a ed.– Santa
Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2026.
Libro digital, PDF/A – (Vera Cartonera.
Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-469-6

1. Estudios Literarios. 2. Tesis. 3. Ensayo
Literario. I. Gerbaudo, Analía, ed. II. Mattoni,
Silvio, ed. III. Lopez, Alejandra, fot. IV. Ávila,
Martín, fot. V. Título.

CDD A864

© Roberto Chuit Roganovich, 2026.

© de los prólogos: Analía Gerbaudo,
Silvio Mattoni, 2026.

© de los epílogos: Adriana Boria,
Silvia Barei, 2026.

© de la editorial: Vera cartonera, 2026.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional